



Con la colaboración de
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SUPLEMENTO
Vida Nueva

SEI79460

EDITORIAL



Ferdinand Hodler «Canción desde la lejanía» (1906)

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
dirigido por LUCETTA SCARAFFIA

En redacción
GIULIA GALEOTTI
SILVINA PÉREZ

Consejo de redacción

CATHERINE AUBIN
MARIELLA BALDUZZI
ELENA BUIA RUTT
ANNA FOA

RITA MBOSHU KONGO
MARGHERITA PELAJA

Esta edición especial
en castellano
(traducción de ROCÍO LANCHO)
se distribuye de forma conjunta
con VIDA NUEVA y no se
venderá por separado

www.osservatoreromano.va

Mujeres y ciencia

El saber científico ha sido durante muchos siglos prerrogativa casi exclusiva de los hombres y sustancialmente impedido a las mujeres. Fue solamente a partir de la segunda mitad del siglo XIX, cuando se empezó a conceder a las mujeres la posibilidad de acceder a la educación superior —basta pensar que solo en 1867 la École Polytechnique de Zurich, antes respecto a análogas prestigiosas instituciones europeas, consintió a las mujeres el acceso a sus cursos—. A partir de ahí, el número de científicas en los países occidentales se incrementó. La lucha de las mujeres por ser admitidas en las universidades no es por casualidad contextual a la emancipación femenina: solamente en el siglo XX se asiste de hecho al ingreso de un gran número de mujeres en las facultades de ciencias y medicina. Se comprende por tanto el motivo por el que las mujeres que se han diferenciado en el pasado fueran en su gran mayoría cultivadas en disciplinas humanistas y raramente científicas. De hecho, es difícil progresar en el saber científico sin una fuerte preparación específica y fuera de las instituciones universitarias.

La historia nos transmite los nombres de pocas decenas de científicas en la antigüedad, solo una decena en la Edad Media, sobre todo monjas, casi ninguna entre el 1400 y el 1500, 16 en el siglo XVII, 24 en el XVIII, 108 en el siglo XIX. La contribución de las mujeres al progreso de la ciencia desde el siglo XX ha sido, sin embargo, notable, si bien no privada de obstáculos, y numerosas son las grandes científicas cuyo nombre está unido a descubrimientos de fundamental importancia en la física, la astrofísica, la informática, la medicina y la biología, pero cuanto más se sube en la jerarquía científica, más disminuye el porcentaje de las mujeres. En Europa, por ejemplo, el 60% de los investigadores en biología son mujeres, pero de esta mayoría apenas el 6% llega a dirigir los laboratorios. Pero esas que han dejado su huella, la han dejado de verdad, no solo desde el punto de vista científico, sino también del humano, algo que no todos los científicos hombres han sabido hacer. (*mariella balduzzi*)

El camino femenino a

DE MARIELLA BALDUZZI

La profesora Briskin es una brillante investigadora en el campo biomédico, donde ha conseguido consolidarse en prestigiosos institutos de investigación de Estados Unidos, Alemania y Suiza, y ser reconocida a nivel internacional por sus trabajos sobre el control endocrino del desarrollo de la glándula mamaria y sobre el rol de las hormonas y de los compuestos con actividad hormonal en la carcinogénesis. El objetivo de sus estudios es el de comprender los mecanismos celulares y moleculares a través de los cuales la exposición a hormonas endógenas y exógenas contribuye a la insurgencia del tumor de la mama, de forma que se pueda prevenir y curar esta patología.

Profesora Briskin, ¿cómo explica la dificultad de las científicas a progresar en su carrera hasta niveles de dirigencia?

En mi realidad laboral, las mujeres en la cima de las instituciones de investigación científica son efectivamente una minoría, mientras el número de doctorados es prácticamente equivalente.

Personalmente no creo, como se dice a menudo, que esto dependa de la mayor implicación de las mujeres en las cuestiones personales y familiares. Yo misma he tenido tres hijos y esto no ha desanimado mi compromiso laboral o disminuido la calidad de mis estudios, aunque sí es necesario tener una gran determinación y organización para conciliar las exigencias de mi familia y las del trabajo.

Más bien, mi experiencia me dice que el hecho de ser minoría nos excluye automáticamente de una dialéctica paritaria con nuestros colegas hombres, los cuales tienen generalmente una mayor familiaridad con el ejercicio del poder y ambiciones personales más fuertes. Esto conlleva que muy a menudo la voz de las mujeres no sea escuchada.

Además, generalmente, los hombres destacan en el hacerse escuchar y un poco menos por escuchar la voz de los demás.

El problema de saber comunicar la propia imagen y promocionar la propia actividad es tan importante para la carrera que muchas mujeres realizan cursos de estrategia de comunicación, para competir con los colegas sobre el mismo terreno.

En esta situación veo perfilarse dos problemas: el primero, es que las mujeres más motivadas en el hacer carrera tiendan a masculinizarse; el segundo, más grave, es que el perfil científico y la importancia del trabajo de investigación puedan pasar a un segundo plano respecto a la habilidad de saberlo presentar.

¿Cómo juzga la calidad de las investigaciones propuestas y desarrolladas por las mujeres?

Después de muchos años de profesión en la investigación biomédica, puedo decir que a menudo en este

"Ser minoría nos excluye de una dinámica partitica", reflexiona la investigadora Cathrin Briskin

campo las mujeres proponen proyectos más innovadores e importantes para la calidad de la vida y más unidos a las necesidades de las personas. Pero no siempre el sistema de publicaciones premia la relevancia de los objetivos y, por tanto, la valoración para el acceso a la financiación. Además, he notado que las mujeres tienen una mayor apertura a la interdisciplinariedad, y esto implica la capacidad de saber escuchar y asumir el punto de vista de los colegas. Esto representa una ventaja, en cuanto al enfoque multidisciplinar que requiere la solución de la mayoría de los problemas.

Por todas estas razones tenemos una gran necesidad de talentos femeninos en la ciencia.

Usted se ocupa de un problema sanitario muy relevante para las mujeres, el cáncer de mama ¿Cuál es el objetivo principal de sus estudios?

El cáncer de mama, que es el tumor más frecuente y la segunda causa de muerte en las mujeres, está en constante aumento y nos hemos preguntado el porqué. El primer paso ha sido estudiar el rol de las hormonas en



la investigación científica

el desarrollo de la glándula mamaria en condiciones fisiológicas y en la carcinogénesis.

El objetivo era comprender los mecanismos celulares y moleculares a través de los cuales la exposición a hormonas endógenas y exógenas contribuye a la aparición del tumor de mama, para poder prevenir y curar esta patología.

Hasta hace dos siglos, el cáncer de mama afectaba principalmente a las monjas porque la incidencia de este tumor está unida a la historia reproductiva y aumenta con el número de ciclos menstruales, mientras un primer embarazo a una edad joven y dar el pecho son factores protectores (el efecto protector disminuye con el paso de los años y se detiene a los treinta años).

Una parte del aumento del tumor en el pecho que se registra hoy en nuestras sociedades depende del cambio del estilo de vida de las mujeres que ha tenido pocos embarazos y tardíos con un consecuente aumento de ciclos menstruales. Esto se acentuado por una pubertad más precoz, probablemente debida a diferentes factores ambientales.

Pero sobre todo el incremento de este tumor, como de otros tumores hormono-dependientes (cáncer del endometrio, de la próstata o de los testículos), sigue un avance paralelo al de la presencia en el ambiente de sustancias químicas de uso común, algunas persistentes, que tienen la capacidad de alterar la normal

funcionalidad hormonal: son las Endocrine Disrupting Chemicals (EDC) o interruptores endocrinos.

¿Nos puede dar un ejemplo de estas sustancias?

Un compuesto que despierta preocupación es el bisfenol A (BPA), usado para la producción de plásticos, el cual está presente en diferentes líquidos corporales en el 90% de la población expuesta sobre todo a través de la dieta, pero también por absorción cutánea. El BPA puede alcanzar concentraciones elevadas también en ambiente uterino y se ha encontrado también en la sangre del cordón umbilical.

La problemática está bien ilustrada por la historia paradigmática del dietilstibestrol (DES), una molécula de síntesis a acción estrógeno-similar usada desde los años cuarenta a los setenta en Estados Unidos para prevenir el aborto. Desde inicios de los cincuenta hasta finales de los sesenta fueron publicados numerosos estudios que demostraban la no eficacia del DES como antiabortivo, pero fue retirado del mercado solo a partir de 1975. Se estima que, solo en Estados Unidos, entre el 1941 y 1971, tres millones de mujeres hayan tomado el DES.

En el 1971 fue publicado un informe que demostraba cómo en la progenie femenina de madres que habían tomado tal sustancia, se desarrollarán en la adolescencia, tumores de la vagina, hasta entonces muy raros y con aparición solo en edad avanzada.

Las mujeres expuestas en el útero materno al DES tienen ahora 50-60 años, la edad de mayor riesgo para



Frida Kahlo
«Raíces» (1943)

Uno de los
numerosos
retratos a través
de los cuales
el pintor suizo
Ferdinand
Hodlerha contó
los sufrimientos
de su amada
Valentine Godé-
Darel enferma de
cáncer

el cáncer de mama, y se observa que el porcentaje de quien desarrolla este tipo de tumor es cerca del doble respecto a las mujeres que no fueron expuestas en la vida uterina.

Además, se ha observado un aumento de la incidencia de malformaciones genitales e infertilidad en la proge-
nie, tanto femenina como masculina, de las mujeres expuestas al DES.

Como consecuencia, volviendo al BPA, está la preocupación de que la exposición en el útero materno a este compuesto pueda aumentar el riesgo de desarrollar el tumor de mama más tarde en la vida.

¿Qué enseñanzas podemos extraer de estas investigaciones?

Sobre todo, debemos preguntarnos cómo nuestras sociedades toleran estas cosas. Cada año se emiten en el ambiente sustancias nuevas a las cuales todos estamos expuestos en el día a día: plásticos para todos los usos, materiales de aislamiento térmico, productos ignífugos, cosméticos, revestimientos para envases de alimentos. Muchas de estas sustancias aumentan el riesgo de la población de desarrollar patologías como los tumores, provocar trastornos de la fertilidad y alteraciones del desarrollo endocrino o reproductivo. Además, el riesgo se propaga, a través de los efectos sobre la reproducción y sobre el desarrollo pre y post nacimiento, también a las generaciones sucesivas.

La conciencia de que ya el embrión en vías de desarrollo está expuesto a los efectos nocivos de las sustancias emitidas en el ambiente nos atribuye una gran responsabilidad hacia las generaciones futuras.

Frente a esta situación tenemos la necesidad urgente de encontrar un equilibrio entre los intereses económicos y la salud de los ciudadanos.

¿Cuál sería un posible efecto positivo de las investigaciones sobre la salud de las mujeres?

Actualmente estamos desarrollando un proyecto que me importa mucho, precisamente porque se acerca concretamente a la solución de los problemas de las personas. Se trata de la posibilidad de personalizar la terapia del tumor de mama a través de un test de



respuesta a los tratamientos realizados sobre tejidos tomados de la paciente.

De esta manera las pacientes pueden recibir una terapia personalizada que ha resultado más eficaz que los test de laboratorio, y los resultados son muy alentadores.

¿Proyectos para el futuro?

Junto al profesor Gian Paolo Dotto, mi marido, hemos fundado International Cancer Prevention Institute (ICPI), un instituto virtual para la prevención de tumores. Hoy, la investigación sobre el cáncer está concentrada sobre todo en las terapias, mientras que nosotros querríamos promover líneas de investigación de orientación a la prevención y ofrecer oportunidades de formación a jóvenes investigadores en este campo a través de esta fundación.

Nuestro objetivo es también informar mejor al público y aquellos que tienen poder de decisión, en cuanto que estamos convencidos de que una buena política ambiental y social puede traducirse en un menor riesgo de desarrollar el cáncer.



Cathrin Briskin

Cathrin Briskin es profesora asociada de Ciencias de la Vida en el Swiss Federal Institute of Technology Lausanne (EPFL), y miembro de diversos comités y asociaciones internacionales para el estudio de los tumores. Licenciada en medicina, con un doctorado en biofísica por la Universidad Georg August de Gotinga,

completó su formación en biología de los tumores, emprendió su carrera de investigadora en prestigiosas instituciones en Estados Unidos (el Whitehead Institute of Biomedical Research en Cambridge, MA, el Cancer Center of the Massachusetts General Hospital, el Harvard Medical School, Boston) y en Suiza en el Instituto Suizo para la

Investigación Experimental sobre Cáncer (ISREC). Es reconocida a nivel internacional por sus trabajos sobre control endocrino del desarrollo de la glándula mamaria y sobre el rol de las hormonas y de los compuestos con actividad hormonal en su carcinogénesis. Cathrin Briskin está casada y tiene tres hijos.

Genialidad y sabiduría

Esta vienesa aplicó la conciencia del límite ante la bomba atómica

DE ANNA BRAVO

Para asustarles, habría escapado de Alemania con la bomba atómica en el bolso», dijo Lise Meitner respecto a la insistencia de la Metro-Goldwin-Mayer para que colaborase en una película sobre su vida, «preferiría pasear desnuda por Broadway».

La suya era una historia complicada, a veces aventurera, crucial. Esta anciana señora vienesa de mirada vaga detrás de las gafas de miope era un genio de la física, que, exiliada en Suiza por ser judía, había descubierto el mecanismo de la fisión nuclear, es decir el paso clave para la construcción de la bomba atómica. En la postguerra la llamarán «Madre de la bomba». Lógico que en Hollywood estuvieran interesados en ella.

Nació el 7 de noviembre de 1878 en una culta y acomodada familia judía de profundas convicciones liberales; amaba la música, la naturaleza, y la matemática, la física, la química. Tocar el piano y pasear en los bosques podía; acceder a una formación científica no, porque era mujer, y en la época del Austria imperial las mujeres estaban excluidas de los estudios superiores.

Pero ella lo consigue: la familia la paga clases privadas, algunos cursos la aceptan como oyente, y a finales de siglo empiezan las protestas de las asociaciones femeninas contra las discriminaciones. El 1 de febrero de 1906 obtiene el doctorado en física en Viena. Pero no tiene salidas profesionales. Se propone a Marie Curie, pero no tiene puestos disponibles. Mientras enseña sin gran interés en una escuela femenina, busca todavía, oscilando entre la conciencia del propio valor, las inseguridades, la renuencia a ir adelante, la vergüenza de tener que depender de la familia.

Hasta que, fortalecida por las tres investigaciones desarrolladas autónomamente, se presenta en Berlín y Max Planck la acepta como alumna y después como asistente. Pero le espera un semi-apartheid: debe entrar por la puerta de atrás, si necesita el baño debe usar el de un restaurante que está enfrente, los colegas no están dispuestos a compartir laboratorio con una mujer. Excepto el joven y brillante Otto Hahn que la acoge en el Instituto de química, registrándola como “invitada no pagada”: trabajarán juntos 31 años. Extraño equipo, ella obligada a huir con 10 marcos en el bolsillo, él empleado en los laboratorios del tercer Reich.

Durante años, obtienen juntos fama y resultados en un campo lleno de mentes lúcidas: la física de las partículas.



A menudo es Lise quien hace los giros. El decisivo tendrá lugar en la vigilia de la guerra, mientras que los grandes físicos están empeñados en señalar el nuevo elemento que están convencidos se deba formar con el bombardeo del uranio. No lo encuentran, se obstinan en buscarlo. Exiliada, lejos de Hahn, Lise decidió sin embargo que, si lo predecible continúa sin realizarse, es necesario reconsiderar lo imposible. E intuye, excelente detective, que es el mismo núcleo del uranio el que se separa en el proceso que llamará fisión, y del que se desencadena una cantidad de energía enormemente mayor de la liberada por la simple radioactividad. Es lo que escribe en una carta a la revista «Nature», publicación científica pero no especializada, rompiendo — hecho inaudito — la praxis de prudencia y secretismo en vigor en la comunidad profesional. Hecho público el descubrimiento, también otros se dan cuenta de la espantosa destructividad de una reacción nuclear en cadena.

Pero en el horizonte está Hitler, y todos, incluso el pacifista Einstein, defienden la construcción de un arma fundada en ese principio. Solo ella rechaza participar, es más, desea a los colegas que fracasen; y abandona los estudios sobre la fisión.

Cuando en julio de 1945 los hombres del proyecto Manhattan celebran con un baile de alegría la primera



LISE MEITNER

explosión experimental, el primer albor del artefacto-hijo incubado durante mucho tiempo, la madre está ausente. Está en Suecia, sola, se pregunta por qué ir adelante y piensa en los millones de personas para los cuales la petición ha sido vapuleada por una muerte horrible: gas, hambre, torturas, epidemias.

Lise será excluida de los máximos reconocimientos, empezando por el Nobel, asignado a Otto Hahn. Entre la Guerra Fría y delirio de omnipotencia de los científicos, no hay tiempo para entender que su rechazo es tan importante como su descubrimiento, y quizá más difícil. Lo reconocerá años después uno de los aprendices de brujo: también cuando la empresa había perdido su necesidad urgente —Alemania seguramente muy lejos de obtener la bomba, Japón en el extremo—, la excitación era tal que ninguno había sido tocado por la idea de suspender, retrasar, reconvertir, porque «deja de pensar, simplemente deja». Lise no.

Después de decenios de casi olvido, hoy se sabe más sobre su historia, gracias a documentales, una película, piezas teatrales, libros, incluidos textos para la infancia. Justamente. Se habla mucho de la conciencia del límite, y antes de que fuera teorizada, Lise Meitner la había vivido, practicado, golpeado en la cara del mundo. Y había pagado el precio.

Pero en los largos decenios de casi olvido, el único que la honró fue Isaac Asimov, el grande de la ciencia ficción, el ilustre estudioso y divulgador, el hombre angustiado al ver que «la ciencia recogía conocimientos más rápidamente de lo que la sociedad recogía sabiduría».

CICELY SAUNDERS

La fundadora del Movimiento Hospice revolucionó los cuidados paliativos

DE FERDINANDO CANCELLI

Hace algún tiempo un grupo de unos veinte expertos italianos en cuidados paliativos de muy diferente extracción profesional y convicciones éticas, se encontró para reflexionar sobre la figura de Cicely Saunders y para compartir una serie de preguntas. «Por el sendero de Cicely», este fue el nombre elegido por el grupo de trabajo, que se preguntó sobre todo cómo la experiencia de la fundadora del Movimiento Hospice puede ser, todavía hoy, significativo para quien se ocupa de asistir a pacientes incurables. Nació un manifiesto que se publicará próximamente, «El sendero de Cicely: la belleza de los cuidados paliativos», que reafirma y promueve los principios y las modalidades de actuación de esta joven disciplina según Saunders.

¿Pero quién era esta mujer fallecida hace poco más de diez años? Oficial de la Orden del Imperio Británico, comandante, miembro de la Orden al mérito del Reino Unido, veinticinco licenciaturas honoris causa: Cicely Saunders era en primer lugar una enfermera, una asistente social y un médico. Nacida en 1918, atravesó los años oscuros de la Segunda Guerra Mundial: «A menudo sucedía que se terminaba todo: — escribía — medicinas, vendas, agua... No nos quedaba nada, no teníamos nada que ofrecer que no fuera nosotras mismas».

La vida la forjó en el camino del sacrificio, de la sobriedad y de la acción. David Clark, profundo conocedor de Cicely Saunders citado en la apertura del manifiesto, subraya la profunda unión «entre la biografía personal, la vida espiritual y la ética del cuidado» que la caracteriza. Se diplomó en enfermería en 1944, en la durísima escuela Nightingale. Cristiana anglicana desde 1947, completó rápidamente los estudios universitarios para convertirse en asistente social después de que problemas en la espalda la impidieran ejercitar la profesión de enfermería. En el hospital Saint Thomas de Londres encontró un paciente que le cambió la vida: David Tasma, un judío que había escapado del gueto de Varsovia y con una neoplastia en fase terminal. Discutió mucho con él, imaginó un lugar específico para asistir a los enfermos en el final de la vida y recibió un regalo. David le encomendó un legado de 500 libras: «Seré una ventana de tu casa», le dijo.

«Necesité diecinueve años para construir esa casa entorno a la ventana», confió un día Cicely Saunders. Esa casa es todavía hoy Saint Christopher Hospice, nacido en 1967 y precursor de muchísimas otras estructuras similares en el mundo. De enfermera en esos años corría el riesgo de no ser escuchada por nadie: un cirujano torácico para el que trabajaba le aconsejó que se inscribiera en medicina y a los 39 años Saunders se licenció y consiguió la habilitación. Fue también una paciente la que le inspiró para el nombre Saint Christopher: «Un



La inspiración de Cicely

lugar de paso para los viajeros: debe llamarse así, sin duda», le dijo la señora Galton.

¿Cómo es la figura de esta mujer tan extraordinaria para ser, todavía hoy, una guía para los profesionales de los cuidados paliativos? El “sendero de Cicely” lo explica claramente. «Una visión integral de la enfermedad y del cuidado, (...) el descubrimiento de la eficacia de un tratamiento regular del dolor, el reconocimiento del “dolor total” de los moribundos, hasta la comprensión del potencial poder curativo de las relaciones en los cuidados de final de vida (...), Cicely Saunders ha marcado un giro». El manifiesto se articula en cinco puntos evidenciando la actualidad de una experiencia vivísima. La dimensión espiritual del cuidado descende del concepto de «dolor total»: quien está al final de la vida sufre no solo en el cuerpo sino también en el espíritu, en la psique, a nivel social y cultural. «La dirección indicada por Cicely — se lee — es sin duda la del encuentro con cada expresión auténtica de espiritualidad del hombre, considerada como necesidad y como recurso (...)». En segundo lugar, se afronta la temática de la sedación paliativa, ya descrita por Saunders: este procedimiento es «coherente con la tutela de la dignidad de la persona» y es intervención «bien fundado a ciertas condiciones sobre el principio de totalidad y terapéutico (...)», perfectamente de acuerdo “con la inspiración de Cicely” y en neta oposición respecto a la lógica eutanásica. «¿Qué características deben tener las declaraciones anticipadas

de tratamiento y la planificación anticipada de los cuidados para corresponder a la centralidad de la persona expresada en el pensamiento de Saunders (...)?», se preguntan los autores en el tercer punto. La respuesta está en el referirse a la autonomía relacional más bien que a un principio de autodeterminación absoluta, en el respeto por los pacientes que, escribía Cicely, «afrontan la adversidad». «El resultado del cuidado— añadía — debe ser el suyo, no el nuestro».

Muy firme, el documento lo evidencia en el cuarto punto, ha sido siempre la oposición de la fundadora a la eutanasia: Saunders enseña todavía hoy a mantener las soluciones que abrevian la vida fuera del horizonte de los cuidados paliativos, confiada en el hecho de que un enfoque humano y competente al paciente puede hacer encontrar en la relación terapéutica soluciones inesperadas. Finalmente «desde su fundación, el Modern Hospice es lugar de formación e investigación», no solo «exclusivamente de acogida y cuidado compasivo»: una intuición, una verdadera novedad que guía todavía hoy a quien pretende asistir a los pacientes moribundos y que estimula hacia nuevas metas. «Una vez más se confirma — concluye el manifiesto — cómo, en las intuiciones fundacionales de Cicely Saunders, los cuidados paliativos no encuentran solo raíces y puntos de referencia para mantenerse firmes, sino también notables elementos de modernidad y matices de crecimiento y novedad para realizarse por completo».

Sola contra la Talidomida

Su integridad moral evitó una tragedia por el errado fármaco

DE MARIELLA BALDUZZI



Entre el 1957 y el 1962 se asistió a un dramático aumento a escala internacional de graves malformaciones neonatales, de las cuales la focomelia (reducción más o menos extendida de los huesos largos, hasta la total ausencia) ha representado el fenómeno más frecuente.

La causa de este desastre conduce a la Talidomida, un fármaco anticonvulsivo con propiedades sedantes, usado como antiepiléptico, aconsejado en el embarazo para combatir las náuseas matutinas y considerado tan seguro y eficaz que mereció el apelativo “milagroso” (*wonder drug*).

La Talidomida fue producida en Alemania en 1954 y comercializada en 1957 en más de cuarenta países, entre los cuales muchos países europeos (Italia incluida), África, Canadá y Australia.

En la base de los test de laboratorio efectuados en animales de la empresa farmacéutica productora, la Chemie Grünenthal, el fármaco no resultaba letal en ninguna de las dosis utilizadas y por esto fue lanzado al mercado como la alternativa segura a los barbitúricos, que sin embargo eran letales por sobredosis. Por una amarga paradoja, en Inglaterra la publicidad para la prensa médica del Distaval (nombre comercial de la Talidomida) mostraba un bonito niño con una botella del fármaco en la mano junto con el eslogan «la vida de este niño puede depender de la seguridad del Distaval» (*this child's life may depend on the safety of Distaval*).

Fueron necesarios cinco años y cerca de 20.000 casos de efectos negativos (abortos, nacidos muertos, malformaciones) antes de que fuera demostrada la

teratogénesis de la Talidomida, es decir su capacidad de inducir malformaciones en el feto si la madre hubiera estado expuesta al fármaco durante el primer trimestre de embarazo.

La historia de la Talidomida es una de las más infastas de la moderna farmacología y no por casualidad se cruza con el nacimiento de los reglamentos modernos en el ámbito de la seguridad de los fármacos. Se estima que, en total en el mundo, entre 8.000 y 12.000 niños nacieron con deformaciones asociadas a la Talidomida y de estos, solo cerca de 5.000 sobrevivieron más allá de la infancia.

En Estados Unidos, sin embargo, la tragedia de la Talidomida fue evitada gracias a la profesionalidad y la integridad moral de una mujer, la farmacóloga y médico Frances Oldham Kelsey.

Frances Oldham nació en 1914 en Canadá y se licenció en farmacología en Montreal en 1934 para después ser admitida en el doctorado en la McGill University de Chicago, en el departamento de farmacología dirigido por el doctor Eugene Geiling.

En una entrevista en 2001, la misma Frances Oldham Kelsey contó un curioso error que a su parecer había podido favorecer a su candidatura al doctorado: el doctor Geiling, probablemente confundido por el hombre Frances, que suena igual que el masculino Francis, pensó que se trataba de un hombre y le comunicó su determinación de ofrecerle una beca de estudio con una carta dirigida a Mr. Oldham. En aquella época, el mundo científico no veía bien la presencia de mujeres en los laboratorios y, con mucho humor, Frances Oldham Kelsey comentó

en la entrevista que le había quedado siempre la duda de si hubiera conseguido el doctorado en caso de que su nombre fuera Elizabeth o Mary Jane.

Después de lograr el doctorado en 1938, Frances continuó colaborando con la McGill University y en 1950 se licenció también en medicina. Mientras tanto se había casado con el colega Fremont Ellis Kelsey y tuvo dos hijos.

Fue por seguir a su marido, el cual había recibido un encargo en el NIH de Washington D.C., que Frances Oldham Kelsey llegó a la Food and Drug Administration (FDA), el ente gubernamental estadounidense para la reglamentación de los productos alimentarios y farmacéuticos, donde se quedó hasta el 2005.

En septiembre de 1960, la doctora Kelsey acababa de ser contratada en la FDA cuando, como primer encargo, considerado fácil y por tanto apto para un trabajador todavía inexperto en procedimientos burocráticos, se le asignó la tarea de examinar la petición dirigida por la compañía farmacéutica Richardson-Merrell para la autorización al comercio de un nuevo fármaco, el Kevadon, nombre químico Talidomida. La presencia del fármaco en el mercado mundial y las óptimas credenciales le preparaban para una rápida aprobación.

La respuesta de Kelsey no se hizo esperar y fue de rechazo, motivado por lo incompleto de los datos experimentales y clínicos para respaldar la solicitud y la falta de indicaciones de efectos secundarios.

En particular, Frances Oldham Kelsey solicitaba más evidencias clínicas sobre la seguridad del fármaco, datos sobre la toxicidad a largo plazo y, visto en su uso en embarazo, un estudio de los efectos en el feto.

A este primer rechazo le siguieron 18 meses de litigio, durante los cuales la Richardson-Merrell cursó otras seis peticiones y trabajó con todos los medios para forzar la aprobación del fármaco, mientras Kelsey, a pesar de las presiones, no retrocedió y continuó pidiendo estudios más profundos para respaldar la seguridad. La frecuente correspondencia entre las dos partes demuestra cómo la compañía respondía a las peticiones de Kelsey dando datos que eran regularmente considerados insuficientes.

En todo este periodo los funcionarios de la Merrell la acusaron públicamente de pedantería e incompetencia, mientras en privado, como declaró Kelsey a un reportero de «Life Magazine», la lanzaban injurias «que no podrían ser publicadas por la revista».

Mientras tanto, la comunidad médica mundial empezaba a preguntarse sobre el incremento de los nacimientos de niños con graves malformaciones, en particular la de neonatos afectados por la, hasta entonces rara, condición de la focomelia. Pero solo en noviembre de 1961, un pediatra alemán demostró que el 50% de las madres con niños malformados había tomado la Talidomida en el primer trimestre del embarazo. El fármaco fue, después, progresivamente retirado del mercado en los diferentes países en los que estaba regularmente a la

venta, y en marzo de 1962 la Richardson-Merrell anuló (casi a escondidas) la propia petición de comercialización también en Estados Unidos.

En los pocos años en los que la Talidomida estuvo en el mercado mundial, causó el nacimiento de miles de niños con deformidades; en Estados Unidos, sin embargo, gracias a Frances Oldham Kelsey, fueron documentados solo 17 casos con deformidad asociados a la Talidomida, todos afectados durante los ensayos clínicos precedentes a su aprobación. Durante este periodo, la Richardson-Merrell había distribuido más de 2'5 millones de pastillas de Talidomida a más de mil doctores que la habían dado después a unas 20.000 pacientes, varios centenarios de las cuales eran mujeres embarazadas.

Estos números bastan para dejar clara la extensión de la tragedia evitada gracias a Frances Oldham Kelsey, la cual en 1962 recibió del presidente John F. Kennedy el Premio del Presidente para el Servicio Civil Federal Distinguido (President's Award for Distinguished Federal



El presidente John Kennedy entrega el premio de la presidencia de Estados Unidos por el servicio civil federal (1962)

Civilian Service). En la larga vida de FOK — acrónimo de Frances, que morirá a los 101 años en 2015 — este fue realmente un punto de inflexión. De mujer fuertemente comprometida y competente en el trabajo, apreciada por sus superiores, pero detrás de la escena, torpe y tímida en público, se convierte, gracias a las palabras del presidente Kennedy, en un icono de profesionalidad para todos los médicos. En el mismo año, una encuesta la designaba como una de las 12 mujeres más admiradas del mundo y en el 2000 fue incluida en la National Women's Hall of Fame. Kelsey trabajó para la FDA hasta los 90 años y ha representado para la Agencia la personificación de lo que esta debe ser para la protección para el ciudadano.

La vicisitud profesional y humana de Frances Oldham Kelsey, ahora lamentablemente recordada por pocos, tiene una fascinación particular, la de la inteligencia orientada al bien, que no se deja desviar por prejuicios o aplanar por la rutina, ni atraer por la ganancia personal.

Una fuerza apasionada



DE LUCETTA
SCARAFFIA

En los primeros días de noviembre de 1911, Marie Curie es la única mujer invitada por el industrial belga Solvay en el encuentro organizado por él en el lujoso hotel Metropole de Bruselas para reunir a los cerebros más brillantes del mundo. Todos saben que es candidata para el segundo premio Nobel, el primero lo había recibido junto con el marido Pierre por la física, los estudios sobre radiación, en 1903.

Por primera vez, ella, normalmente tan modesta y parsimoniosa, se presentó con vestidos elegantes y a la moda, se compró accesorios nuevos. No lo hizo solo por no desentonar en el hotel, sino también porque en el encuentro participaba el hombre que ella amaba, el matemático Paul Langevin. Ella está viuda, pero él, casado con cuatro hijos. En esos días de aislamiento vivirá sus grandes pasiones: el encuentro de las ideas científicas, de las hipótesis, de las visiones del mundo entre personas de tan alto nivel, y la cercanía de su amante.

Mientras ella está lejos, en París estalla el escándalo: el cuñado de la mujer de Langevin, periodista de una publicación sensacionalista, revela su relación. En los días sucesivos saldrán otras informaciones, en todo París no se habla de otra cosa, las hijas de Marie ya no pueden ir a la escuela por la tormenta mediática. La prensa de extrema derecha se comporta como frente a un nuevo caso Dreyfus: una madre de familia francesa humillada por una extranjera, una arpía polaca. Algunos insinúan que ella sea judía. Muchos piden que Marie sea expulsada del país, de nada sirven sus brillantes resultados científicos, el premio Nobel. Piden y consiguen que sea alejada de la enseñanza en la Sorbona, donde había conseguido el puesto del marido después de su muerte, primera mujer docente. Al regreso a París no podrá ni siquiera refugiarse en la villa de Sceaux, donde vive con las hijas, sino que debe pedir hospitalidad a amigos: los periodistas asedian la casa, y algunos días después una banda de “ciudadanos” enfurecidos lanzará piedras contra la casa, dañándola.

Siguieron furiosos debates, e incluso tres duelos entre sus defensores y sus detractores. Al final, el proceso por adulterio fue evitado, y ella pudo ir, en tren, a retirar el segundo premio Nobel, esta vez sola, por la química.

Marie logró superar esta batalla y reconstruir su vida –rompiendo con Langevin– gracias a su extraordinaria tenacidad, a su fuerza de espíritu poco común, la cual ya había demostrado otras veces durante su vida. Si no, ¿qué habría hecho una pobre chica polaca, llegada sola a París

para realizar una licenciatura en matemáticas y física, en una facultad que difícilmente toleraba la presencia femenina? ¿Y preparar un doctorado que había comenzado a revelar sus dotes cuando ningún laboratorio le daba un lugar para practicar los experimentos necesarios? Alguno le sugirió que se dirigiera a un outsider, Pierre Curie, científico extraño que experimentaba fuera de la comunidad académica, y con el cual nació no solo el amor, sino también el proyecto de trabajar juntos. Marie había superado el duro aprendizaje por la pasión a la ciencia, que después constituyó un único con el amor Pierre. Para ella eran hijos del amor sus verdaderas hijas, Irene y Eva, pero también los nuevos elementos que descubrirían juntos, el polonio y el radio. Por este motivo la muerte imprevista y precoz de su marido la lanzó a una desesperación total, de la que logró emerger lentamente, gracias a la disciplina en el trabajo y a la ayuda de los amigos, entre ellos Paul, alumno predilecto de Pierre. De nuevo pasión amorosa y pasión científica confluyeron, e hicieron a Marie feliz mientras escribía las mil páginas del tratado sobre la radioactividad. Tenía 43 años, y en esa época eran muchos para una mujer, pero se comportaba como una adolescente y subestimaba los riesgos de una unión tan irregular.

El genio extraordinario y la simpatía humana que suscita Marie, están en su fuerza apasionada, haciendo vitales la tenacidad y la paciencia que mostraba a lo largo de la investigación. Repetía a menudo a sus estudiantes que la intuición y la imaginación eran virtudes imprescindibles del científico. Los ojos grises claros, una melena de pelo rubio ceniza recogido en un nudo, vestida casi siempre de oscuro, Marie tenía una personalidad carismática y una fascinación innegable que le atraían amores y envidias en igual medida. En el momento del escándalo, Einstein le escribió: «Siento la necesidad de decir cómo he empezado a admirar vuestro espíritu, vuestra energía, vuestra integridad, y la felicidad que siento con la idea de haber podido verla en persona en Bruselas».

Su última pasión fue Francia, su nueva patria que también la había despreciado tanto: participó con total dedicación patriótica en la primera guerra mundial, creando aparatos radiológicos móviles con los cuales socorrer a los heridos. Pero no aceptó nunca que las radiaciones, sus «hijas del amor» pudieran ser ambivalente, útiles y al mismo tiempo letales. Continuaba creyendo que solo eran beneficiosas. Los soldados no lo sabían, pero sobre todo ella misma, que murió de leucemia a los 67 años, en 1934.



Febe mujer de luminosa caridad

DE ROSALBA MANES

Pablo concluye la carta a los Romanos, el best-seller que comunica el núcleo teológico de su predicación, dirigiendo sus saludos a los diversos componentes de la comunidad de los cristianos de Roma. Estos saludos se presentan como el testimonio de la sorprendente sinergia entre el apóstol y sus colaboradores y de la presencia, dentro de este multiforme círculo de misioneros, de numerosas figuras femeninas. El capítulo 16 de la carta representa por tanto una especie de homenaje que el apóstol de las gentes da a cuantos y cuantas han contribuido enérgicamente a la irradiación de ese Evangelio que es *dýnamis theou* (Romanos 1, 16), es decir el poder transformador que revolucionó a quien se abre a la fe en Cristo.

Si el Evangelio corre y se difunde (cfr. *Salmos* 19, 5) es porque hay alguno que lo proclama con su boca y con su corazón (cfr. *Romanos* 10, 9-10.14-15), haciendo de la propia vida una ofrenda «viviente, santa y agradable a Dios» (*Romanos* 12, 1). Con su predicación itinerante, Pablo no consigue llegar a todos y alcanzar todos los lugares. Por eso crea un recurso que sirve de prolongación de su anuncio: las cartas. El apóstol, por sí solo, además, no basta para la edificación de la comunidad:

esta necesita una sinergia de dones y carismas que está garantizada por la presencia de colaboradores (*synergói*).

La evangelización no es un hecho privado que interesa solo a la vida de un individuo, sino el dinamismo de una Iglesia en salida, que testimonia, en primer lugar, la cualidad de su relación con el Señor resucitado y después también la calidad de las relaciones entre los creyentes, marcados por la proximidad y la fraternidad. Por esto Pablo sueña la Iglesia como una casa de hermanos que evangeliza ya a partir de la belleza y del poder del amor fraterno. La sueña así y, haciéndose padre y madre de la comunidad (cfr. *1 Corintios* 4, 15; *1 Tesalonicenses* 2, 7), trabaja para que esta sea realmente tal.

Por esto, *Romanos* 16 da una luz interesante sobre la vida de la Iglesia de los orígenes, de forma particular sobre la función de los laicos y de las parejas o de las familias para el anuncio misionero. Los saludos que atraviesan todo el capítulo 16 de la carta a los Romanos se abren por la precisión con una recomendación. La primera persona que Pablo menciona, y que muestra tener particularmente en el corazón, es precisamente una mujer, cuyo nombre es Febe. Antes por tanto de concluir la carta, compuesta con el vivo deseo de dedicarse

a la evangelización de España y de encontrar en Roma creyentes capaces de apoyarlo en esta obra, el apóstol pide a la comunidad reservar a una mujer, Febe, una acogida calurosa con motivo de su inversión total en la causa del Evangelio.

Ya el libro de los *Hechos de los apóstoles* y después de distintos pasajes del corpus *Paulinum testimonian* en varias ocasiones la presencia de mujeres que desarrollan un rol activo en la vida de las comunidades primitivas, colaborando con los apóstoles e invirtiendo sus bienes materiales y sus carismas al servicio de la edificación de los creyentes. La Iglesia de los orígenes, de hecho, no nace en un espacio cultural, sino en la casa, como *domus ecclesia*. Esta, de hecho, se consolida y estructura dentro de los muros domésticos, donde vive una familia, comunidad caracterizada por uniones de sangre, vínculos de afecto y dinámicas de colaboración recíproca, y donde la mujer obra activamente como garante de la acogida y la hospitalidad.

Pablo, en contra del prejuicio difundido que lo ha hecho misógino en la imaginación de muchos, se coloca en la misma estela de Jesús, contando para su obra de evangelización con una participación muy nutrida de mujeres. Entre las mujeres de la misión paulina algunas llegaron a la fe después de haber asistido a la predicación del apóstol, como Lidia en Filipos (cfr. *Hechos de los apóstoles* 16, 14-15), mientras otras se lanzaron al anuncio del Evangelio junto a él o incluso antes que él (cfr. el caso de Priscila o Prisca que, con su marido Áquila, lo acoge Corinto, *Hechos de los apóstoles* 18, 1-3).

Leyendo *Romanos* 16, sorprende el hecho de que más de un tercio de las personas mencionadas son mujeres. En la lista de nueve mujeres aparece tres veces el verbo *kopiáo*, «fatigarse»: María (en Romanos 16, 6), Trifena, Trifosa y Pérside (en Romanos 16, 12), son mujeres queridas por Pablo que se fatigan (*ekopiasen*) en la actividad misionera. El verbo lleva, de hecho, al compromiso en relación con el Evangelio y a un trabajo misionero en el que se invierte sin escatimar. En 2 Corintios 11, 22-28, por ejemplo, donde Pablo habla de su inversión por el Evangelio y el «costo» de tal derroche de fuerzas y energía, usa dos veces el sustantivo *kópos*, «fatiga» (11, 23.27).

La autora

Rosalba Manes, consagrada del ordo virginum, es profesora de Teología bíblica en la facultad de misionología de la Pontificia Universidad Gregoriana. Se ocupa específicamente del epistolario paulino. Estas son sus publicaciones: *Tra la grazia e la gloria. L'epifania divina nella lettera a Tito* (Cittadella 2010); *Nel grembo di Paolo. La Chiesa degli affetti nella lettera a Filemone* (Ancora 2016); *Il cielo si aprì. Il Dio misericordioso e tenero di Luca* (Cittadella 2016)



La primera que aparece en los saludos es una mujer, Febe, cuyo nombre significa «pura», «luminosa», «resplandeciente». Para ella Pablo compone una «carta de recomendación» que representa un pasaje epistolar por derecho propio y que el Pseudo Demetrio coloca en los 21 géneros epistolares identificados por él calificándolo como *systatikós týpos* («tipo de recomendación»): «Os recomiendo a Febe, nuestra hermana, diaconisa de la Iglesia de Cencreas. Recibidla en el Señor de una manera digna de los santos, y asistidla en cualquier cosa que necesite de vosotros, pues ella ha sido protectora de muchos, incluso de mí mismo» (*Romanos* 16, 1-2). En solo dos versículos, Pablo traza la figura de esta mujer que, seguramente, ocupa un puesto particular en su corazón y al mismo tiempo dentro de la comunidad. Febe proviene de Cencreas, ciudad de puerto en el istmo de Corinto, colocada a once kilómetros hacia el sureste en el golfo Sarónico, y recibe de Pablo credenciales muy marcadas, expresadas mediante una triple caracterización: Febe es descrita, en primer lugar, como «hermana» (*adelphé*), después como «diácono» (*diákonos*), y finalmente como «protectora» (*prostátis*) de muchas personas, entre ellas también Pablo.

Para sintetizar su rol en la Iglesia, Pablo recurre al sustantivo *adelphé*, que muestra la cualidad de la relación que existe entre todos los creyentes en Cristo, por la fuerza del bautismo. Injertados en Cristo y renacidos en él, los creyentes son hijos de Dios. Ya que, como hijos de Dios, son hermanos entre ellos. En *Gálatas* 3, 26-28, Pablo muestra claramente que «en Cristo» se cumple la promesa de una nueva creación que inaugura una nueva arquitectura de relaciones: «Pues todos sois hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús. En efecto, todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo: ya no hay judío ni griego; ni esclavo ni libre; ni hombre ni mujer, ya que todos vosotros sois uno en Cristo Jesús». Revestidos de Cristo mediante el bautismo expresa una transformación que registra la abolición de toda discriminación, un proceso de cristificación que abole toda barrera étnica, religiosa, socioeconómica y sexual, que hace «uno». Por el bautismo se experimenta por tanto la unidad de los creyentes en la multiplicidad de los dones recibidos del Espíritu. En la comunidad todo miembro, por tanto, ya sea hombre o mujer, contribuye «por su parte» a la edificación de la Iglesia. En el corazón de la eclesiología paulina está el primado de la dignidad bautismal y de la conformación a Cristo. Por esto, hablando de los carismas, Pablo se detiene más sobre el estilo agápico



de su ejercicio (cfr. el elogio al amor de 1 *Corintios* 13) que sobre la especificidad. De este fundamento brota la experiencia de un apostolado y de una misión que ven la participación activa del hombre y de la mujer y de la colaboración de ambos sexos.

Febe es «hermana» como lo es Apfia en *Filemón* 2, porque, insertada en Cristo, ha entrado de pleno derecho en la familia de Dios. Hecha hija de Dios y viviendo ya «en el Señor» es por tanto una hermana de sus hermanos, los «santos» (es decir santificados en el bautismo). Esta hermandad se convertirá en la Iglesia en una «manifestación específica de la belleza espiritual de la mujer (...) revelación de su intangibilidad» (Juan Pablo II, *Carta a los sacerdotes*).

En segundo lugar, Febe es «diácono de la Iglesia de Cencreas» o, como se lee en la traducción de la Conferencia episcopal italiana (2008), «al servicio de la Iglesia de Cencreas». *Diákonos* es dicho por Jesús que es «servidor de los circuncisos» en *Romanos* 15, 8; es dicho por Pablo (cfr. 1 *Corintios* 3, 5; 2 *Corintios* 3, 6; 6, 4), mientras en *Filemón* 1, 1 aparece como un estatus eclesial preciso. Ya en Aristófanes el vocablo podía tener también valencia femenina, pero la palabra *diakoníssa* en el contexto eclesial es tardía: aparece por primera vez en el canon 19 del concilio de Nicea (325) para designar, estando al *Panarion* de Epifanio, a quien asiste al sacerdote en el bautismo de las mujeres.

De acuerdo con el testimonio de los *Hechos de los apóstoles*, el diácono no se ocupaba solo de tareas de asistencia social. El diácono Esteban, protomártir, muere lapidado a causa de su predicación de fuego (en el capítulo 7) y el diácono Felipe no lo encontramos sirviendo las mesas, sino predicando y cumpliendo signo de poder (en el capítulo 8). Él se dirige a Samaría y en el camino desierto que lleva hacia Gaza para evangelizar los cismáticos de su pueblo y un eunuco procedente de Etiopía. Por tanto, el uso del término *diákonos* hace pensar que el ministerio de Febe no se refiera solo al ámbito de la caridad, sino que incluya también la predicación y la obra evangelizadora.

Prostátis, sin embargo, es un *hápax* en el Nuevo Testamento, un término técnico que hace pensar en el magistrado que en Atenas defendía los intereses de los extranjeros o a aquel que preside a una comunidad y garantiza los intereses de los otros. Podría indicar el hecho de que esta mujer, en calidad de «patrona» y garante haya ayudado a muchos creyentes, Pablo incluido, delante de las autoridades civiles. Se trataría de una mujer pudiente y rica que ha puesto la propia casa a disposición para permitir a la comunidad de creyentes de Corinto de encontrarse, un poco sobre la pauta de los *thiasoi* o *collegia*, que eran las asociaciones religiosas del tiempo. Aparece así la presencia de una mujer que reviste diferentes responsabilidades en Cencreas y para la cual Pablo pide acogida y asistencia en signo de gratitud por haber colaborado dinámicamente con el ministerio del apóstol. Por esto se la considera incluso portadora de la carta.

El hecho de que Febe haya protegido a muchos, hace pensar que esta mujer haya sido rica, pero también que la comunidad haya sufrido amenazas de la persecución



que empujaba a los creyentes a esconderse y, algunas veces, a actuar en clandestinidad. Febe entonces emerge todavía más luminosa como figura valiente, capaz de poner en peligro la propia vida por salvar la de sus hermanos y sus hermanas. Por esto Pablo, con profunda gratitud, pide a sus colaboradores que le reserven una generosa hospitalidad e ir al encuentro de cualquier necesidad suya.

De la breve investigación sobre los tres sustantivos con los que se describe a Febe, se comprende cómo en el ámbito de la evangelización paulina existieron espacios para una misión decidida de la mujer en la comunidad de los orígenes. Son dos los elementos que el texto de la carta a los Romanos alumbraba particularmente sobre la figura de Febe: un amor particular por la Iglesia, manifestado por la disponibilidad al servicio y, con toda probabilidad, a la evangelización/difusión de la Palabra; y la naturaleza total de su compromiso (caracterizado por la acogida, cuidado y protección). Se trata de dos elementos que caracterizan a menudo la inversión de la mujer en la Iglesia y muestran su feminidad generativa, mostrando su plena y dinámica participación en la gestión del cuerpo eclesial y provocando ese proceso de inteligencia creativa que abre nuevas pistas y permite valorar este tiempo privilegiado de germinación de la semilla evangélica que está viviendo la Iglesia universal.

La fuerza de la oración contra la violencia

Geneviève

DE BENIAMINO BALDACCI

Año 451. El espectro de Atila sobre París. Todos los hombres están decididos a huir, a abandonar la ciudad. Única voz contraria es la de una mujer muy particular, Geneviève. Nacida de una familia católica en Nanterre y llevada a París por la abuela. Tras morir los abuelos, a los quince años se consagró a Cristo. Ya treintañera, vive retirada en su casa donde cumple escrupulosamente reglas monásticas autoimpuestas. Es una mujer libre, preparada para participar en la vida de la ciudad y, según las tradiciones familiares, dispuesta a llevar cargos y encargos civiles.

En el momento de la llegada de los Hunos, la religiosa se expone oponiéndose con decisión a la elección cobarde de los hombres: «¿Dejaréis que el horrendo hedor de los Hunos inunde París?». El miedo es un pésimo consejero y un grupo de hombres enfrenta a Geneviève con amenazas, con intención incluso de lapidarla: «Mujer, no te entrometas y no interfieras en nuestra decisión de dejar la ciudad. El bárbaro, cuyo nombre temo pronunciar, con su ejército de orcos destrozará París y nadie, hombre o mujer, viejo o infante se salvará. ¡Un horrible destino nos espera! Deja de incitar a nuestras mujeres contra nosotros. Somos maridos y padres y tratamos de poner a salvo a nuestras familias de la ferocidad de un demonio. No es casualidad que tenga la terrible reputación de “flagelo de Dios”. Ha subyugado y destruido poblaciones enteras. No conquista las ciudades: las abate y deja escombros humeantes. Debemos huir rápido y dispersarnos en los campos. Tú no te debes oponer a nuestra decisión y trastornas las mentes de nuestras mujeres. ¿Las oraciones? Habladurías que no asustarán de seguro a los bárbaros. ¡Huirán al oír vuestras intensas oraciones, especialmente si son cantadas! No, tú estás loca y no te permitiremos que lleves al abismo de tu locura a todos los habitantes de París. Te detendremos para siempre».

«Matadme incluso dando mayor prueba de vuestra cobardía. Huis delante de Atila y lapidáis a una monja desarmada» replica Geneviève firme y de-

terminada. Pero nadie se mueve por la intervención del archidiácono del santo obispo Germano: la mujer que vais a matar ha sido reconocida por el santo como elegida por Dios desde la edad de siete años. Libre para actuar Geneviève reúne en el baptisterio numerosas mujeres para rezar, después de haberlas exhortado con palabras de fuego. Este es el pequeño apólogo que resuena a lo largo de los siglos: «Que los hombres huyan, si quieren y si ya no son capaces de batirse. Nosotras mujeres rezaremos a Dios tanto que escuchará nuestras súplicas».

La fuerza de las mujeres venció sobre el miedo. París no se abandona. Nadie huye, todos trabajan para reforzar las obras de defensa de la ciudad. Treviri, Metz y Reims ya han sufrido un saqueo destructivo de los Hunos que ahora, acampados a pocas millas, preparan el asedio y el asalto a París. Atila convoca los adivinos antes de moverse, como hace normalmente. Le hablan de presagios no favorables. Pregunta a los tenientes qué ha sucedido. «Mi rey, en París se están reforzando las defensas con muros y fosas. El contingente romano se ha enriquecido con voluntarios. Nada en comparación con tu fuerza».

«Me habían dicho que no encontraríamos resistencia. ¿Qué ha cambiado ahora que hasta los astros son contrarios?».

«Señor, parece que una mujer sagrada ha intervenido para cambiar las cosas».

«¿Una mujer sagrada? ¿Debería tener miedo de una mujer? ¿Quién es ella?».

«Dicen que desde pequeña hizo voto al servicio del Dios cristiano, hace prodigios y sus ángeles la protegen».

Si bien lo sagrado inspira temor al despiadado bárbaro, fácil presa de superstición, el rey de los Hunos se burla: «¡Mañana París será nuestra, quiera o no la sagrada monja!».

Nadie sabe qué soñó Atila esa noche, pero cuando su ejército se mueve evita París, dirigiéndose hacia Orleans. En los Campos Cataláunicos se enfrenta con los romanos. Atila, derrotado, deja la Galia. París está íntegra y la fama de Geneviève crece enormemente. La historia impone sus inescrutables reglas y la caída del imperio romano de occidente lleva consigo al abismo a los poderes locales. París, que está bajo el gobierno de Roma, es asediada por un pueblo franco guiado por el rey Meroveo y de su hijo Childerico. Geneviève, retomada la vida monástica, no interviene a favor de nadie. Cuando la carestía y los efectos del prolongado asedio reducen a los parisinos a morir de hambre, deja su clausura. Organiza un convoy fluvial formado por once barcas y se las lleva consigo hasta Troyes, disponiéndoles de provisiones y sobre todo de trigo. En el recorrido continúa haciendo milagros y expulsa dos demonios que trataban de hundir los barcos.



Beniamino Baldacci

Beniamino Baldacci es médico de familia en Roma desde hace muchas décadas, querido por sus pacientes, cosa difícil en una gran ciudad. Todos le reconocen, junto a un alto nivel profesional, la capacidad de comprender el alma de los enfermos, la paciencia de acercarse a cada uno con la disponibilidad de escucharlo, de ver su carga de dolor, sus derrotas y sus cansancios, que a menudo están en la base de las enfermedades. Tiene seis hijos y seis nietos, ha escrito varios artículos de medicina y dos novelas históricas *León. Mujeres y traición* (2014), premiado en el Spoleto Festival Art en el mismo año, y en el 2017 *La loba y el elegido*.



Salva nuevamente al pueblo de París. Vence el hambre usando incluso la propia casa como horno para cocer el pan. Childerico conquista la ciudad y se convierte prácticamente en el primer rey de los Francos. Geneviève establece con él una buena relación, como si conociera la gran importancia que tendrían los Francos para el catolicismo y para la Galia. En 481, fallecido Childerico, asume el poder su hijo Clodoveo. Con él, primer rey absoluto de todos los Francos, la ya anciana monja, por su gran fama y profunda fe, establece una estrecha relación. Con el auxilio de Clotilde, mujer católica de Clodoveo, consigue incluso la conversión del rey. Será el primer soberano católico de un reino en Europa, dato histórico de gran importancia.

La larga vida de Geneviève, marcada desde la infancia por las premoniciones de san Germano y pasada entre clausura y compromiso civil, dibuja de forma ejemplar el paso del imperio a los reinos romano-bárbaros y el advenimiento de la Edad Media. Para toda la cristiandad es el símbolo de la fe activa que con la oración vence todo mal.

MEDITACIÓN

DE LAS HERMANAS DE BOSE

Siguiendo la estrella



MATEO 2, 1-12

Jesús nació en Belén». La buena noticia que escuchamos en la fiesta de la Epifanía, manifestación del Señor a todas las gentes, se abre con el sencillo anuncio de un nacimiento colocado en el espacio y en el tiempo. Cada vida empieza así y cada vida se renueva en el contemplar el surgimiento de un hombre asomarse en la trama de la historia.

El nacimiento de Jesús es reconocido como extra-ordinario según Lucas a algunos pastores (cfr. Lucas 2, 1-20) y según Mateo en nuestro pasaje de «algunos magos» procedentes de oriente: de la tierra donde nace el sol vienen algunas personas en busca, hombres que escuchan el cielo para comprender su terrenalidad, buscadores de sentido, enamorados guiados por una estrella, es más por «su» estrella, la estrella capaz de orientar y ordenar su deseo de vida hacia aquel que es la vida, el sol «que nace de lo alto» (Lucas 1, 78), «la estrella radiante» (Apocalipsis 22, 16).

Al llegar a Jerusalén los magos preguntan a Herodes, rey de Judea, dónde ha nacido el «rey de los judíos»: a ellos les interesa adorarlo, mientras que Herodes queda turbado, se siente desplazado (cfr. la masacre de los inocentes provocada por su furia en Mateo 2, 13-18).

«La estrella que habían visto en Oriente los precedía, hasta que se detuvo en el lugar donde estaba el niño». Los magos han seguido esa estrella desde su nacimiento: se han puesto en camino, juntos, como primicia de discípulos a seguir, dejando sus seguridades, sus conocimientos adquiridos, sus itinerarios ya conocidos, para seguir no sus ideas, sus intuiciones, sus emociones, sino la estrella, fuente de su deseo, de su anhelar. «Cuando vieron la estrella se llenaron de alegría» (cf. Mateo 2,10). La estrella se detiene, llegada a la meta, y los magos estallan de alegría, alegría que es vida desbordante: están alcanzando el tesoro que la estrella ha guardado para ellos, el tesoro hacia el que les ha acompañado en tanto caminar. Así entran en la intimidad de la

casa, con respiración susurrada delante de la fragilidad de una vida que nace. «Vieron al niño con María su madre». Y León Magno comenta: «Vieron un niño silencioso, tranquilo, confiado al cuidado de su madre; en él no aparecía ningún signo externo de sus poderes, ofreciendo sin embargo a la vista un solo gran prodigio: su humildad». Jesús asume enseguida los rasgos de un abajamiento, de una sencillez humilde y franca. Una vez llegados donde estaba el niño ¿qué cumplen los magos, estos buscadores desde lejos? Se postran y lo adoran— por esto se habían puesto en camino. Adorar significa acercarse a la boca, besar, entrar en una comunión de aliento, de vida, de amor. Aquí, al principio del Evangelio según Mateo, son los magos los que se postran, se arrodillan delante de Jesús, lo miran desde abajo, como al final encontraremos a los once discípulos, que aun dudando, se postrarán delante del resucitado que les enviará a «hacer discípulos a todos los pueblos», haciendo cercanos también a los alejados, porque

el Emmanuel del que se anunciaba el nacimiento (cfr. Mateo 1, 23) es el Dios-con-nosotros «hasta el final del mundo» (cfr. Mateo 28, 16-20). Los magos se postran, lo adoran y abren sus cofres, custodiados y reservados para esa meta, para esa alegría. Le ofrecen oro, símbolo de su realiza, esplendor además del respeto a todo poder de la tierra; e incienso, símbolo de su divinidad, perfume que se eleva hacia lo alto expandiéndose alrededor; y mirra, símbolo de su pasión, de su mortalidad. Con esta profusión de dones se cierra nuestra historia, no sin informarnos que los magos, advertidos en sueños (por tanto, según el lenguaje bíblico, de Dios) para «no regresar al palacio de Herodes, volvieron a su tierra por otro camino». El camino recorrido por estos portadores de esperanza abre nuevos caminos de vida, anclados en el esplendor de esa estrella, a la luz cálida de ese niño nacido «para iluminar a los que están en las tinieblas y en la sombra de la muerte, y guiar nuestros pasos por el camino de la paz» (Lucas 1, 79).



UNIVERSIDAD PONTIFICIA DE SALAMANCA



formación de excelencia
a tu medida



salamanca GRADOS
Administración y Dirección de
Empresas Tecnológicas (ADET)
Ciencias de la Actividad Física
y del Deporte
Comunicación Audiovisual
Enfermería
Ingeniería Informática
Logopedia
Maestro en Educación Infantil
Maestro en Educación Primaria
Marketing y Comunicación
Periodismo
Psicología
Publicidad y RR. Públicas
LICENCIATURAS
Derecho Canónico
Filosofía
Teología
DOBLES GRADOS
Ingeniería Informática + ADET
ADET + Ingeniería Informática

madrid GRADOS
Enfermería
Fisioterapia
LICENCIATURA
Teología



DESCÁRGATE
LA APP
DE LA UPSA



Ven a visitarnos

promocion@upsa.es
Tel. 923 277 100 • Ext. 7471

SERVICIO DE INFORMACIÓN AL ESTUDIANTE (SIE)
C/ Compañía, 5. 37002 Salamanca
Tel. 923 277 150 • sie@upsa.es

www.upsa.es